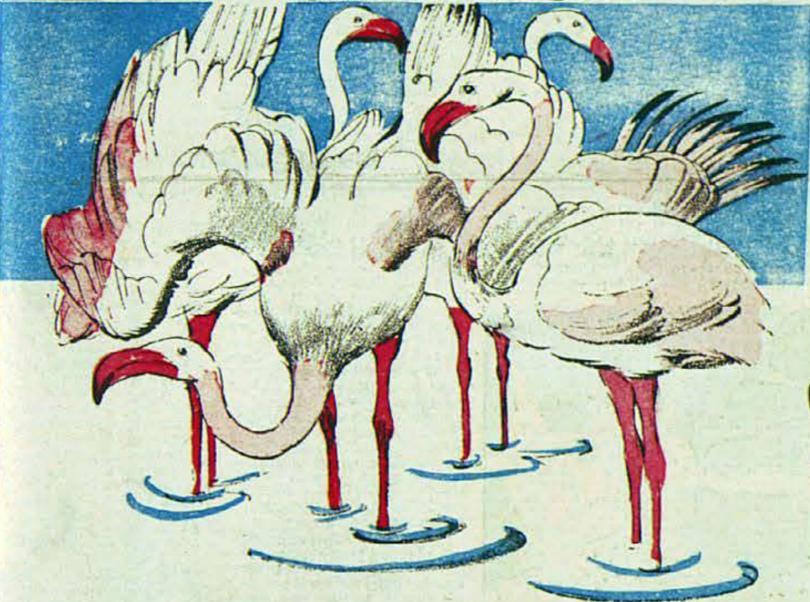


VISTO Y OIDO ★ *Islas Rosadas y Vivientes* ★ por **PREMIANI**



LA MUJER QUE DURANTE MAS TIEMPO REINO EN EL MUNDO, FUE LA REINA **VICTORIA** DE INGLATERRA; CASI 65 AÑOS.-

EN LA INDIA HAY GRANDES ISLAS FLOTANTES DE COLOR DE ROSA. SON LAS QUE FORMAN LAS INMEN- SAS BANDADAS DE **FLAMENCOS**.-



LOS **INDIOS PUEBLO** (NUEVO MEXICO) CELEBRAN ANUALMENTE LAS FIESTAS DEL **BÚFALO** Y DEL **ÁGUILA**, CON ESTAS CARACTERIZACIONES.-



EL PIANISTA **PADEREWSKI** TIENE ASEGURADAS LAS MANOS EN CONJUNTO, Y EN DETALLE TODOS LOS DEDOS DE AMBAS MANOS Y DE LOS PIES, ASÍ COMO LOS OJOS. PAGA ANUALMENTE DIEZ MIL PESOS POR EL SEGURO. UNA VEZ NO PUDO DAR UN CONCIERTO A CAUSA DE LA CAIDA DE UNA **UÑA** Y SE LE PAGARON DE INDEMNIZACION MIL LIBRAS ESTERLINAS.-



PARA QUE LAS VEGUAS AMAMANTEN A SU **CRÍA ASNAL**, SE CUBRE EL ASNITO CON LA PIEL FRESCA DE UN POTRO, HASTA QUE LA MADRE SE ACOSTUMBRE Y NO LO RECHACE.-

De Alemania al Planeta Marte

¿IN OS p o dramos comunicar con Marte? He ahí la interrogante que sigue preocupando a los sabios físicos, astrónomos y estudiosos cuyo espíritu de sociabilidad no se conforma con un simple comercio entre sus conciudadanos, sino que aspira a relaciones interplanetarias.

Es admirable que poca o ninguna conciencia que carece tanta influencia sobre la curiosidad humana, ni supiera tanto como lo desconocido, ya que envuelve su encanto en un velo de misterio. Los sensitivos, los "mediums" espiritistas, que hoy ya los hombres de ciencia sensatos y sin pretensiones más o menos dogmáticas, aceptan, logran en momentos lucidos conocer esas llamadas "cosas ocultas" y que en realidad no son tales, puesto que la mayoría debían estar comprendidas dentro del conocimiento general, como lo estuvieron en una remota antigüedad; ya que la mente humana está abierta a todas las posibilidades imaginables, como el oro dúctil y maleable se presta a dar consistencia y forma al más delicado sueño que concretice el orbe en sutílísima filigrana.

Y entre esas cosas ocultas ninguna actúa sobre la imaginación humana, como el más allá de la materia, de lo substancial,

lefonía Conde de Arco, a raíz de los experimentos realizados en Inglaterra por un señor Robinson, había pronunciado una conferencia pública sobre las posibilidades interplanetarias por medio del microfono. Como hay casos interesantes que se le ocurrieron a ese señor Conde de Arco —que acaso piensa no se podrá establecer un "trato simpático" con los marcianos, como no se use la swástica— vamos a recordar algo de lo mucho que dijo respecto de los experimentos del profesor inglés, que bien puede resultar uno de los tantos Robinsones que andamos por el mundo buscando una isla donde anclar.

Según el Conde de Arco: "El profesor inglés que dirige los experimentos de la transmisión al planeta Marte de varios mensajes radioteleónicos, en cierto sentido presume arrogantemente que los planetarios marcianos entendían el idioma inglés. Aun admitiendo que otros planetas estuvieran habitados, siempre queda la duda de que podamos hacernos entender en el supuesto caso de que ellos pudieran interceptar nuestras señales".

Después de todo, cabe alegrarse al ver estas sutílísimas observaciones, porque se llega a la conclusión de que aún hay "Arcos" en Alemania que no sufren la influencia más o menos volátila del señor Hitler. Y a decir verdad, para quienes nos

¿Conseguiremos el primer contacto interplanetario? Nos comunicaremos con Marte? — Experimentos para establecer comunicación radiofónica. — El extraordinario viaje de un industrial alemán. — Comunicaciones mediantes con los espíritus de Marte? — ¿Existen átomos y alfaletos los marcianos? — ¿Tienen frío o calor? — ¿Son más inteligentes que los nuestros? ¿Tienen radio?

la India al planeta Marte", no sabemos si en francés, en inglés, en alemán o en marciano, porque dicho libro no lo conocemos.

Lo que sí sabemos, es que dichas sesiones de "cosas ocultas" —ya que el hipnotismo forma parte de esas llamadas ciencias ocultas, que sólo lo están para los que no las quieren estudiar— sabemos, decíamos, que las sesiones se celebraban en casa del profesor Lemaire, también de la misma Universidad, y en ellas la "medium", bajo la "inspiración" o la "posesión" de un espíritu marciano que dijo llamarse "As-

te". Claro que, conociendo mis tendencias "occultistas", a nadie llamará la atención que ni siquiera me detenga a estudiar o investigar si el espíritu "Astane" era realmente marciano, en cuyo caso me lo imagino un "buen muchacho" y no sé por qué rara asociación de ideas, lo identifico en el Tipo No. 3, que según Hall, tiene una figura capaz de poner de moda un modismo nuevo: "no seas marciano, no seas";

o si ese espíritu "Astane" era terráqueo y por ello más o menos "vivo", que con o sin intervención de la joven "medium", tomó el pelo a los graves profesores de la Universidad de Ginebra.

En pago, o mejor dicho, como acto de camaradería del Conde de Arco, le vamos a pedir que informarse si su conacional, el rico fabricante Herr Ganswindt, ha vuelto del viaje que proyectaba al planeta Marte, con objeto de superar el sueño de Verne, en la máquina de su invención y que hace como treinta años estaba ya construyendo, máquina de que damos una ilustración que apareció por aquella época y que, como se ve, tenía la forma de un proyectil en cuyo centro se colocaba el mismo inventor, cuyo seguro de vida no hubo compañía que lo admitiera, por muy alta que fuera la prima que se ofreció.

Digo que trate de informarse, porque si bien Herr Ganswindt sostenía —en el libro que publicó y dedicó al ex emperador Guillermo—, sabía escribir. La información me dice: "sin entender lo que escribía" —cosa que ocurre en la tierra con bastante frecuencia a los escritores—, a lo que yo agrego: porque no sabía tampoco con qué escribía; lo que nuestros lectores se explicarán al mirar la ilustración que publicamos.

Pero lo que sigue es lo más interesante y que el Conde de Arco nos va a agradecer, porque no obstante ser una información gratuita, le va a servir para dedicar una sesión de radio a los marcianos. El siguiente alfabeto es el que tenían los habitantes del planeta para transmitir sus ideas, sentimientos o no:

Alfabeto que ofrecemos bajo la absoluta responsabilidad de Mr. Fleurney, hasta si se quiere, con cargo de que si hay traslado, éste le sea dado al buen profesor a hipnotista de cualquier constatación o resultancia que el mensaje tuviera; sobre todo si es de carácter contu-

g a que se comentaran científicamente sus probabilidades y obstáculos.

Nosotros no vamos a discutir ese punto; allá los sesudos sabios alemanes nos lo entreguen dilucidado, que es lo que hoy se acostumbra. Nuestro espíritu de sacrificio ya llega hasta complicar la vida analizando si fuera posible una comunicación con Marte, cosa que ha costado a la ciencia bastantes millones.

La verdad es que Marte ha sido el planeta que más ha fascinado a los hombres de ciencia, y se explica si todos son como el espíritu "Astane" o "la Vampiresa del No. 5". Pero los mismos astrónomos no están de acuerdo ni en cuanto a si está o no habitado, si hace frío o calor, si hay o no canales y otras minucias por el estilo.

Diremos, no obstante, que ya Marconi, varios años antes de la guerra, hizo declaraciones de que para 1916, más o menos, podría hablarse con los marcianos y que, caso de ser posible una comunicación, lo sería por las ondas etéricas, nunca por señales; a lo que el famoso sabio Tesla, agregó que sería antes. Lo cierto es que el buen dios mitológico de la guerra, Marte, se presentó aquí en nuestro globo y nos dejó una dolorosa enseñanza y un montón de millones a pagarse recíprocamente entre los combatientes.

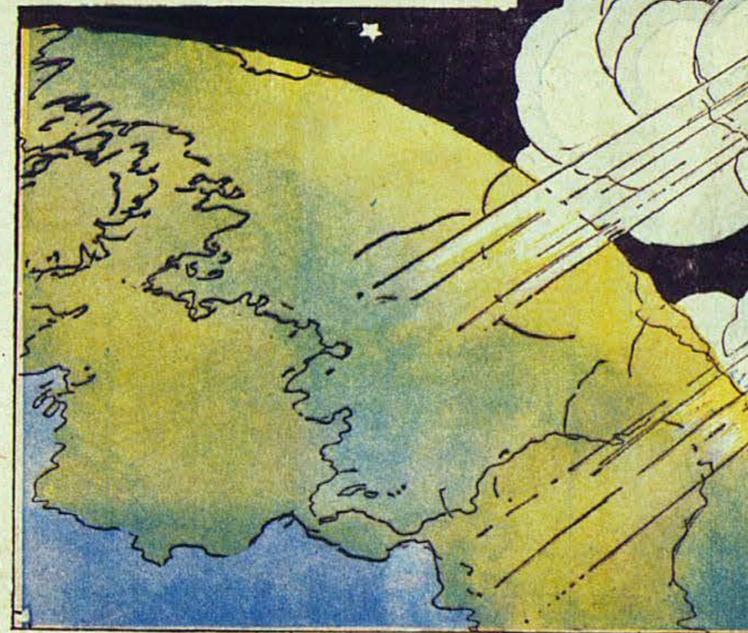
A los poetas se nos acusa injustamente de una fantasía que llega a olvidarse de las imperiosas exigencias del estómago; pero los astrónomos —que al quien llamó los poetas del espacio—, nos dejan a la altura de

subtropicales de la Tierra, y otros, más exóticos, menos imaginativos o más eruditos, no creen en la habitabilidad en razón de que es un planeta muerto, como la Luna, que vaga por el infinito, simple juego de la atracción de los más poderosos.

Sobre esto último nos hemos quedado meditando, bajo la sugerencia de lo que nos trae y nos dice la sabiduría antigua, pues que, siendo la Luna satélite de la Tierra, gira dentro de la órbita cósmica de esta última; en tanto que Marte tiene su órbita especial y sus características determinadas, muchas de ellas como p ro b adas científicamente. Veamos si no: Los profesores W. Cobleny y su colega C. O. Lampland, que desde Washington a Arizona se entienden admirablemente, hace poco que hi-

extensión del día, de casi 72 horas, influyen en los frutos, las flores, y por consecuencia, los habitantes humanos, si los hay, alcanzan tamaños exorbitantes.

Hay también quienes sostienen que la temperatura de Marte es idéntica a la de las regiones



de la vida limitada entre una cuna y un sepulcro. Y en ese más allá se incluyen los planetas, que nadie ha logrado comprobar si están o no habitados; si existe o no la vida tal y como se manifiesta entre nosotros, a través de nuestros organismos y de los organismos que conocemos en los que llamamos los "tres reinos de la naturaleza".

Pero si hay quienes tienen sus veleidades por Venus o por la Luna y hasta quien se ha preguntado si el Sol está o podrá estar habitado, ninguno ha despertado tanto interés y motivado teorías y discusiones científicas de tanta importancia, como Marte.

Por eso nos interesa, aunque nosotros, con fundadas razones que nos satisfacen, suponemos posible y cierto lo que la antigua sabiduría enseña y la cual nos dice que en este manvantara, la oleada de vida está concentrada en la Tierra, de modo que todas las actividades y el desarrollo de las experiencias se reanjan en este planeta; pero, si eso decían y sostenían aquellos astrónomos cuya sabiduría no tenía ni necesitaba telescopios, no obstante la importancia de sus conocimientos, adonde todavía no han llegado los actuales, éstos sostienen que es posible al menos, que los planetas y en especial Marte, estén habitados.

Hace pocos días los notivos han registrado el percance ocurrido a los preparadores del cristal reflector para el gigantesco telescopio que se construye en Norte América. La importancia de tal reflector puede apreciarse si se considera el accidente que pone en duda su utilización, el cual se produjo al fundirse las diez toneladas del material de que está compuesto, y como se ha fundido al rojo blanco, para su enfriamiento requiere una espera de cerca de nueve meses. Esto da una idea del poder de la lente que se construye y necesita para comprobar si Marte está o no habitado, como también para develar los misterios sobre otros cuerpos celestes no bien observados.

De acuerdo con lo sostenido por el profesor G. W. Rickey, con una lente diez veces más poderosa que las conocidas y del tipo reflector, se hará visible mas indistintamente la superficie del planeta, estableciendo lo que haya de verdad en los famosos canales —hoy tan discutidos— y aunque no se podrán distinguir formas humanas, si podrán conocerse las manifestaciones de vida de sus habitantes; si hay rascacielos, ciudades o pueblos. Las que serían comprobaciones capaces de inducir a los estudiosos más o menos inquietos, a la búsqueda de los medios para comunicarse con los marcianos.

ocupamos de cosas tan trascendentales como un viaje a Marte, poco puede importarnos que Alemania se quede República o retorne a ser Imperio. Pero nos interesa, si, que el Conde de Arco, ya en tensión, largue esta, entre otras flechas: "¿Tendrán los planetarios marcianos técnicos en radiotelefonía como los poseemos nosotros? Confesamos que Mr. Robinson no nos ha dado hasta este momento una contestación satisfactoria y con tal acertada de Arco debe estar todavía "sanguando por la herida". Sobre todo cuando prosigue: "Podríamos hacernos comprender por medio de la transmisión inalámbrica de fotografías o dibujos de tonos o ritmos; pero lo difícil del caso es precisar si ellos pueden entendernos o contestarnos."

Aquí reclamamos el derecho de apuntarnos un poroto. Figúrese si no, cuando el señor Conde de Arco demuestra una ignorancia científica incomprensible en un técnico en radiotelefonía, y por si es un olvidado, le vamos a recordar que allá por el año 1900, el profesor Fleurney, de la Universidad de Ginebra, realizó una serie de entrevistas, perfectamente honestas por cierto, con un joven "medium", la que, en estado de sueño hipnótico le describió las condiciones de vida existentes en Marte, que el citado profesor publica en un libro que llamó "Je-



Para los que tengan interés en "epatar" al rico fabricante alemán, por si encuentran y se enamoran de otra marciana, les daré estos datos: "En las gruesas paredes de acero del proyectil, hay largos tirantes circulares que corren desde cerca de la punta superior del aparato, hasta el fondo, abriéndose al aire libre. El vehículo está completamente rodeado de ellos y se les llenará con cartuchos de nitroglicerina, cuya explosión será la que mueva el aparato. El viajero tiene a la altura de la mano una palanca con la cual gobierna las descargas de los cartuchos. De este modo puede regular la velocidad del proyectil. No garantizo si está o no patentado, pero si alguno tiene interés en hacerlo."

Lo que puedo asegurar es que Herr Ganswindt se las trae y con cadencia. Fijémonos en lo que, según mi informante, dice en su libro: "Si después de haberme remontado más allá de la atmósfera, mi vehículo entra en la órbita de algún meteoro que gire alrededor de la Tierra, el proyectil seguirá el paso de éste sin perder velocidad y sin necesidad de gastar más fuerza, así me encontrará al cabo de pocas horas encima de otro continente y podré descender cuando quiera."

Como se ve, el hombre era precavido y no podía olvidar su espíritu de economista industrial, que confirma en sus previsiones cuando sostiene: "Más allá de la atmósfera —nosotros, para estar más de acuerdo con la ciencia moderna, la llamaremos "estratosfera"—, la gravedad de la Tierra casi no se sentirá y las últimas descargas que se hagan antes de abandonar la atmósfera, servirán para llevar el vehículo hasta Marte."

"Die Zeit", la grave revista alemana de aquel entonces, se ocupó del asunto con toda extensión y seriedad y ello dió lu-



cualquier lenteja. Figúrese: Tesla, decidido a llevar a cabo las comunicaciones interplanetarias, comenzó a navegar sobre cálculos, y dijo: que se proponía enviar mensajes, no ya a Marte, sino cien veces más lejos, hasta Neptuno, si necesario fuera. Las cataratas del Niágara —y los millones yanquis que están cerca—, proporcionarían a Tesla la fuerza necesaria para ello; suponiendo que serían bastantes un billón de caballos. Con un poco más podría llegar un mensaje a Júpiter y la quinta parte del voltaje del Niágara sería suficiente para ponernos en comunicación con Saturno, que dista de nosotros unos mil cuatrocientos millones de kilómetros.

La verdad es que, no sólo pasaron los diez años, sino veinte más y estamos en el mismo estado, sin haber logrado comunicarnos con Marte y reagravada la inquietud por el prolongado misterio que eleva la tensión arterial varios puntos sobre la normal. Prestigiosos físicos y astrónomos que ocupan sus ocios y sus entusiasmos en estos estudios hay, que según sus cálculos y suposiciones, tan científicas cuanto se quieren, sostienen que la temperatura de Marte y la

cieron observaciones con aparatos de gran poder durante veinticuatro noches seguidas, obteniendo como resultado establecido según ellos, que en el polo Norte de Marte reina una temperatura de 98 grados bajo cero. Pareciera que son muchos grados, sin embargo, para contrabalancear, agregan: que durante el día, en tanto el sol alumbraba, los marcianos disfrutaban de una temperatura que oscila entre 40 y 80 grados de calor, alrededor del Ecuador; lo cual no deja de ser un consuelo para los de la zona media.

Sin duda que esas enormes diferencias climáticas, no importan, cuando son muchas las probabilidades con que cuentan los sabios para suponerlo un planeta donde la vida impera y como la vida o lo que vive, sabe amoldarse al ambiente, las diferencias se anulan, aunque se calcula que un habitante de la Tierra que pese cien kilos, apenas si en Marte pesará setenta,

en razón de la gravitación menor. Hay quienes han llegado a estas conclusiones. "Es probable que Marte haya adelantado mucho sobre nuestro estado actual de civilización. Parece ser que allí la naturaleza es sosegada, domesticada; que un ser inteligente ha impuesto su dominio y su ley". Y si se conjetura que la civilización es más perfecta, es posible que allí el superhombre nietzscheano sea una realidad y cada habitante sea su abogado, su médico, su escultor, su poeta y su músico; con todo lo cual la armonía del hombre con la naturaleza será total y explicable que se entiendan, lo mismo que los matrimonios, y de ser así, allí es posible entonces que nadie se pregunte: "Cherchez la femme".

Con tales conclusiones cabe pensar que los marcianos saben respetación qué clase de dioses son los terráqueos, y aparentemente no comprenden las reiteradas señales.

No faltan quienes opinan también: "Puede ser que los canales de Marte no sean más que señales luminosas que nos hacen los marcianos, el ojo pegado a sus anteojos —si los tienen— en espera de la respuesta de la Tierra." Lo ponemos en duda, porque dudamos de todo, por hábito y sin hábito.

Como se ve, los interesados pueden alimentar todavía la esperanza de comprobar los efectos de la mencionada exposición de magnesio y hasta los especuladores la oportunidad de sacar el magnesio y las acciones de las fábricas, por cuanto dicho experimento debe realizarse en la época del acercamiento del planeta Marte al nuestro, lo que será, según los cálculos, entre 1939 y 1941, por los meses de agosto y septiembre, en que la distancia llega a ser de unos cincuenta y ocho millones de kilómetros, que se supone es la menor.

Mr. Charles Nordman —que no gasta muchas bromas— en un artículo sesudo sobre el asunto que nos ocupa, dice: "Nada, absolutamente nada demuestra que haya habitantes en Marte. Y, además, si los hay —cosa que no tenemos ninguna posibilidad de afirmar o negar—, es muy probable que no se asemejaran en nada, al de ningún modo a nosotros y que no reaccionarían más ante nuestras señales herilizanas, ópticas, luminosas o cuales fuesen, de lo que harían los peces de nuestros océanos o los insectos de nuestros bosques. No ha de ser mañana cuando se inicie la primera conversación interplanetaria."

No es cuestión de esperar sentados; porque no aceptamos de buen grado la opinión del señor Nordman, por lo menos hasta tener la seguridad de que el director del Laboratorio de Investigaciones Físicas de Berna, no prometa no realizar el experimento del magnetismo; porque si los marcianos reaccionan como los insectos de los bosques ante el fognazo, es de calcular que no será la Tierra capaz de albergar a todos los marcianos descontentos de sus gobiernos, que se vengan en busca de aventuras.

En este momento recordamos la fantástica y no menos interesante narración de un viaje interplanetario, que comenzará: "Supongamos lector que la ciencia pudiera descubrir un medio para que fuese factible al hombre viajar por los espacios interplanetarios, o interestelares, yendo de un mundo a otro mundo y de uno a otro sistema solar, con la misma facilidad que hoy cruza los océanos."

Semejante fantasía científica, nos proporcionaría momentos de insuperables encantos y satisfacciones ideológicas; muy del gusto de nuestros lectores, sin duda.

"Imaginemos recordando el infinito azul de los poetas, cómodamente instalados en un barco aéreo perfeccionadísimo (tal como lo usaban los atlantes, accionados por el prodigioso vril) con objeto de que nos sea fácil e inofensivo curiosear tras del recio cristal (irrompible) las maravillas de los países catalanes."

Pero, tan interesante excursión tiene tema y factura bastante para un artículo próximo, en el que, no sólo aumentaremos el caudal de investigaciones sobre Marte, sino que haremos desfilar la maravilla del cielo, en el más estupendo viaje interplanetario.

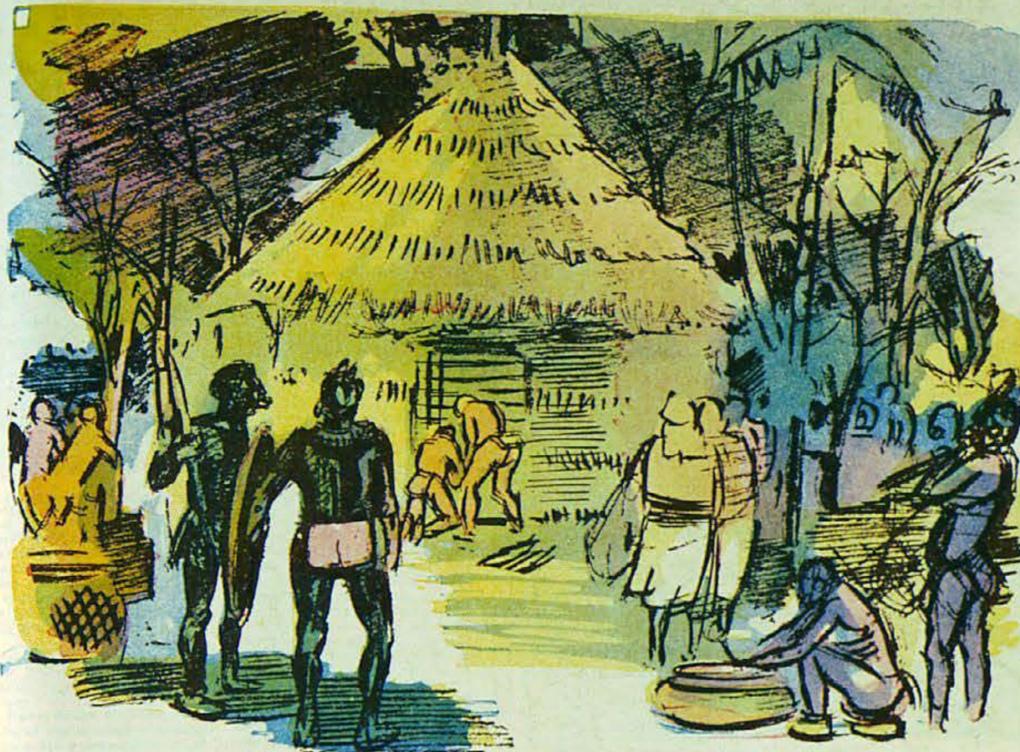
Antes de terminar, nos permitimos insinuar al señor Conde de Arco, no se desanime por las opiniones contrarias, que le realmente científico no son las afirmaciones más o menos fundadas en teorías o hipótesis, sino la experimentación, y que es el caso de obtener resultado con una comunicación desde el microfono, utilizando el alfabeto marciano que le ofrecemos, o ya fonética puede solicitar a los profesores Fleurney y Lemaire saludé al Herr Ganswindt y por su intermedio a los marcianos y sus vampirescos tormentos; que según van las cosas, nada difícil pudiera ser y resultar un viaje con más o menos carga de nitroglicerina, por el cual logremos substraernos a los desoladores estados de esta bendito globo terráqueo, que algunos físicos y astrónomos insisten en transformar en un tetraedro; y que de ese modo lográramos realizar uno de los sueños que Juli Verne se dejó en el tintero.

POR

ADOLFO F. GUERRA

ILUSTRACION DE PEDRO DE ROJAS

DIOSES Y REYES



LOS dioses fueron creados por el hombre a su imagen y semejanza, y éste, al principio, los imaginó capaces de muerte. Los ejemplos abundan. Los groenlandeses afirmaban que su más alto dios podía ser destruido por el viento o por el eventual contacto de un perro. Una determinada tribu en Las Filipinas mostraba a los viajeros españoles la tumba del Creador; estaba en la cumbre de una montaña. Heitsi-Eibib, dios de los hotentotes, ha muerto y resucitado más de una vez. Sus repetidas tumbas — una por cada muerte y por cada cuerpo — se encuentran en angostos desfiladeros. Cuando los hotentotes las atraviesan, suelen tirar respetuosamente una piedra y suplicar fecundidad para sus vacas y partos de hijos varones para sus mujeres. A fines del reinado de Tiberio, el sepulcro de Zeus era uno de los monumentos más conocidos en la isla de Creta. El cuerpo de Dionisio estaba inhumado en Delfos junto a la estatua de oro de Apolo, y la tumba tenía la inscripción: *Aquí yace muerto Dionisio, hijo de Semele*. Otras autoridades dicen que el mismo Apolo estaba enterrado en Delfos, y que Pitágoras apuntó en la inscripción que el dios había sido ultimado por la serpiente y sepultado bajo el trípode.

Tampoco prescindieron de la muerte las divinidades egipcias. Al principio, caducaban y morían como las otras. Cuando el descubrimiento del arte de embalsamar eliminó la corrupción de los cuerpos dió a las almas una razonable esperanza de perdurar; los dioses compartieron el beneficio. Cada provincia llegó a tener la momia y el sepulcro de su dios muerto. La momia de Ostris estaba en Mendes; la de Anhur en Heliópolis. También los altos dioses de Babilonia, que sólo se mostraban a los creyentes en visiones y en sueños, tenían su límite en la muerte, como los hombres; porque nacían a este mundo como los hombres, y como los hombres amaban y combatían y se mataban.

Si la muerte abate a los dioses que tienen su habitación en el cielo, no la podrá eludir aquel dios que habita un frágil tubérculo de carne humana: el rey de ciertas naciones del África, de la Indochina y de Oceanía. Esas naciones consideran que su seguridad, y aún la del Universo, está ligada con la vida del rey, especie de hombre-dios a cuyo destino debe conformarse el del mundo. De ahí que infinitamente lo cuiden, con una desvelada solicitud que llega al cautiverio. Esos cuidados pueden demorar su vejez, pero no para siempre. Cuando las enfermedades o los años amenazan al hombre-dios, el peligro general es enorme. Si el destino del mundo corre parejo con el del clausurado rey, ¿qué inundaciones, qué epidemias, qué incursiones de fieras, no producirá su lenta agonía? El remedio es claro. El hombre-dios debe morir a la menor señal de decrepitud, y su alma indómita debe ser traspasada al sucesor, antes que padezca su integridad. Las ventajas de matarlo son evidentes. Para el salvaje, la muerte natural es el abandono voluntario que el alma hace del cuerpo, o sino la extracción malvada del alma, hecha por un demonio o por hechiceros. En cualquier caso el alma del hombre-dios se pierde, y con ella la prosperidad de los súbditos y su vida y el recto gobierno del mundo. Conviene, pues, matarlo, para apoderarse de su alma y transmitirla a un fuerte sucesor. Esa muerte sumaria sirve también para eliminar los azares de una prolongada extinción, que entrañaría la del mundo.

En la Cambodia, la muerte natural les está vedada a los reyes que asumen el título misterioso de Rey del Fuego y de Rey del Agua. Cuando una grave enfermedad los aqueja y los ancianos creen que no se salvarán, los acaban a puñaladas. La gente del Congo sabe que si su pontífice el Chitome falleciera de muerte natural, el mundo — sólo mantenido hasta ahora por su mérito y su poder — sería aniquilado inmediatamente.

Cuando estaba enfermo de gravedad, los brujos elegían un sucesor, que penetraba en su casa con una cuerda y lo estrangulaba. Los reyes etíopicos de Mervé eran adorados como dioses; pero cuando los sacerdotes querían, le mandaban un mensaje con una sentencia de muerte, alegando una revelación especial. Los reyes acataron siempre esa orden hasta el reinado de Ergámenes, contemporáneo de Ptolomeo Segundo, rey de Egipto. Ergámenes, aprovechó los beneficios de su educación griega para desolir esa orden y para abolir de una vez tan irreparable costumbre y los iluminados que la imponían.

En África, en ciertas tribus de Fozogl, el rey tenía que administrar la justicia a la sombra de un árbol determinado. Si por enfermedad o por otra causa faltaba por tres días a ese deber, lo ahorcaban del mismo árbol con una cuerda, que tenía dos navajas arregladas de modo que al ajustarse el nudo corredizo, lo degollaban.

La costumbre de matar los reyes divinos al menor indicio de vejez o debilidad prevaleció hasta hace poco entre los Shiluk del Nilo Blanco. La reverencia que profesan por el monarca es casi ilimitada, y están dispuestos a sacrificar sus vidas por él, pero tenían la convicción de que cualquier dolencia o malestar que lo amenazara, enfermaría también a los ganados, pudría las cosechas y acabaría por consumir a los hombres. El hatem real (distribuido en cinco o seis casas del lugar de Fashoda) era el encargado de vigilarlo. Cuando las innumerables mujeres no eran atendidas debidamente, hacían la denuncia a los jefes. Estos aguardaban la hora de la siesta del rey, infalible en esa comarca de tierras bajas, de pantanos abyectos y de soles que enloquecen al elefante. Le cubrían la cara y las rodillas con un lienzo blanco. Esa era la sentencia de muerte. Después armaban una choza, hacían que el rey pusiera la cabeza en el repajo de una doncella, tapiaban solemnemente la entrada, y los dejaban a los dos sin agua y sin pan, para que la sofocación y la sed dieran cuenta de ellos.

En el África occidental, en la Guinea, en un promontorio que tiene de nombre Shark Point, hay todavía un rey. Está solo

POR

JAMES GEORGE FRAZER

ILUSTRACION DE PAPPAGNOLI

A MANECIO lloviendo, y así siguió todo el día. En el puesto de don Pantaleón, muy poco se pudo trabajar. Los peones no hicieron más que lo indispensable, chapoteando en el barro y en los charcos. Otros se lo pasaron remendando y engrasando arcos. Los animales, inmóviles, con la cabeza gacha y contra el viento, se habían amontonado como buscando amparo de la continua lluvia.

Cuando anocheció, los peones empezaron a refugiarse en la cocina, al calor del fogón, secándose las pichas, mientras alguno hacía correr el cimarrón de mano en mano.

Uno que había estado sacándole el barro a las botas, se asomó a la puerta, en el momento que un relámpago dibujó una vistosa línea en el pizarroso cielo.

—¡Tiempo e maullá! ¡Parece que v'aseguir ansina, tuita la noche!

—No te aflijas Ciriaco, qu'esto es como agua bendita pa los campos. ¡Hacia rato que no llovía! — sentenció don Pantaleón, que se entretenía en un trenzado de rienda, y en rematar un pucho de chala.

En ese momento entró Pulguita, corriendo y como atropellando todo. Le habían puesto los peones ese mote, por lo menudito y ligero.

—¡Oh! ¡Y a ese que le pasa? ¡Paseo que lo talona Mandinga! — exclamó uno que secaba sus alpargatas juntos al fogón.

—¡Algo ansina debe ser, porque donde que sintió contar, aquello del turco enterrado en el cerco de la sina-sina, n'ha'y quien lo haga dir de noche al corral! — retrucó otro peón.

Aunque Pulguita sabía que esas burlas eran ciertas, para despistar, contestó:

—Si he corrió, ha aío pa no mojararme!

Don Pantaleón alzó la vista, y mirando al muchacho, risueñamente, le aconsejó:

—Mirá; no te asusté m'hijo de los muertos! Cuando sea fantasma, asegurate primero si es de verdad.

—Y eso a qué viene, don? — preguntó Ciriaco, curioso por el asunto.

El Fantasma del Monte

—Porque me acordé de un caso que le pasó a un tal Zapata, cuando yo era resero, allá p'el 86.

—¡Cuente, cuente, qui debe ser interesante! — exclamó un moreno tromeado, que en un rincón estaba pasando el tiempo pelando una varilla de sauce con el cuchillo, que luego, tajeandola en fibras finas y enrolladas, formaba una flor abierta.

—Güeno... — dijo don Pantaleón, iniciando su relato — en una ocasión que teníamos que llevar una hacienda desde una estancia del Sur hasta cerca e

Güenos Aires, una noche tuvimos que acampar al lao e un monte, porque se avecinaba una tormenta y ansina po díamos mator bajo los sauces.

Después que tomamos tuitas las precauciones pa que l'hacienda no se dispersara, algunos reseros, yo y el tal Zapata, hicimos rueda junto al fuego, a orilla d'el monte. Conversando, conversando, no sé cómo vino a pelo, el caso es que Zapata se acordó del lugar en qu'estaba y nos contó el susto más grandote e su vida; eso que no'otros lo sabíamos valiente.

El viejo Pantaleón, que mientras hablaba había estado liando un cigarrillo de chala, se le-

taban, se aparecía un hulto blanco que se sentaba en el anca del caballo del jinete que pasara p' allá. En una ocasión, al amanecer, se encontró a un paisano muerto junto al caballo, y como no tenía herida ninguna, tuitos creyeron qu'era cosa del fantasma.

Pulguita, al ver asomarse a uno de los perros en la puerta, se sobresaltó y se arrojó más a la rueda. Ciriaco, nervioso por la curiosidad, preguntó:

—Y después, don?...

—Tá güeno con el fantasma! — dijo el moreno, que era duro para reír.

—Entonces, don Pantaleón, los fantasmas no existen? — preguntó ingenuamente Ciriaco.

—Ah, eso no lo puedo asegurar! A veces están sólo en la conciencia del cristiano; otras veces son de carne y güeso, y nay que saberlo descubrir. P'eso le dije a Pulguita que antes hay que asegurarse si es de verdad, cuando se presenta la ocasión — sentenció don Pantaleón a tiempo que se levantaba para encender el chala.

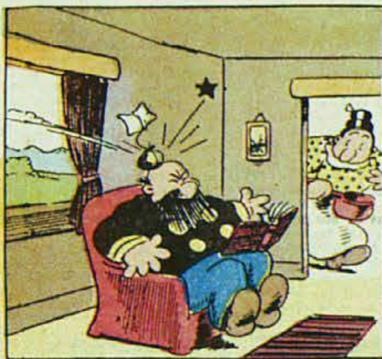
Afuera, la lluvia redoblaba incesantemente.

BRUNO GOMEZ

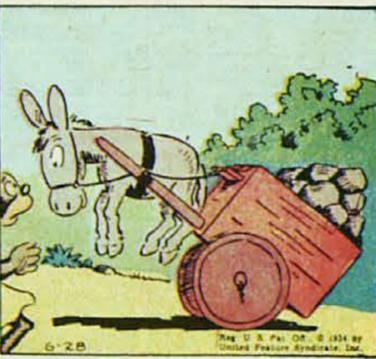
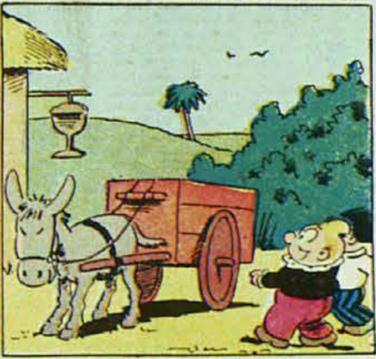
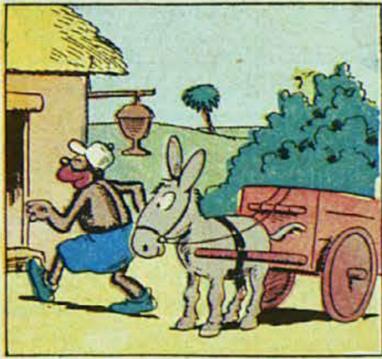


en un bosque. Nunca ha tocado una mujer y no puede salir de su choza; también le está prohibido dejar su silla, en la que debe dormir sentado, porque si se acostara, se acostaría el viento con él y cesaría toda navegación. Modera las tormentas y mantiene la serenidad de la atmósfera.

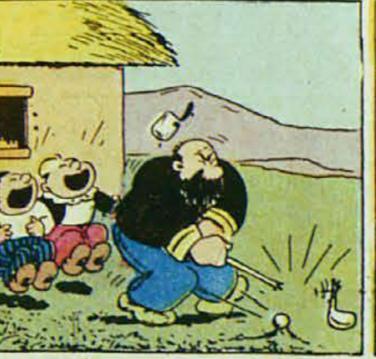
Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks



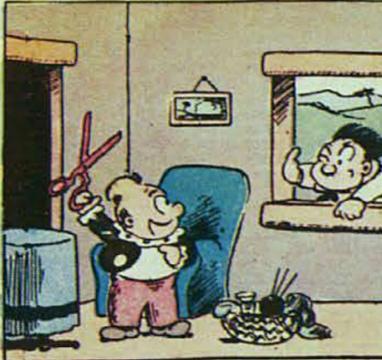
ASCENSOR IMPROVISADO



UNA LECCIÓN DE GOLF



LA MAFIA EN ACCIÓN



Museo de la Confusión

En el Carnet Social de la revista Para Ti, correspondiente al 17 de julio, me enteré del chimento que continúa:

Se comprometieron el mismo día que ella cumplía años. Se casaron el mismo día en que él festejaba el aniversario de su nacimiento. Y acaba de nacer el primer fruto de esa unión de amor el mismo día en que, hace tres años, fueron presentados el uno al otro. Hay coincidencias realmente curiosas y venturosas que parecen señalar con jalones de dicha un verdadero romance de amor.

No creo en estas curiosas coincidencias. Ante todo si se comprueba el día que ella cumplía años y se casaron cuando el otro trató de imitarlo, es lógico suponer que estas coincidencias fueron premeditadas para la onomatástica pareja. Sobre la tercera coincidencia diré que también abriga mis sospechas, pues es voz corriente en el barrio que cada día y cinco días antes de florecer oficialmente el retoño, ya habrán sido vistos por los alrededores de la mansión señorial, algunas señoras con chapa, diversos carros atmosféricos y ciertas autobombas voluntarias de la Boca, todos los cuales conyugaron eficazmente para que en el momento oportuno se cumpliera la casual fructificación. Desvíenme un poco más del asunto, diré que no veo la conveniencia de ligar todos los actos de nuestra vida a dos o tres fechas determinadas, obligándonos a perder una piedra de palo justo a los tres meses de haberlos roto un ojo de vidrio; de caernos de un ascensor tres pedáños después de bajar por la escalera o de encontrarnos a un moscovita a los tres segundos y un quinto de ser picados por una mosca tesa. Entre algunas coincidencias inéditas por sí algún maníaco desea utilizarlas, puedo citar las que siguen: nacer un veinticinco de Mayo y cumplir años en nueve de Julio (coincidencia patria); salir a la calle un día jueves, en cabeza, y regresar tam-

ANIMULA VAGULA

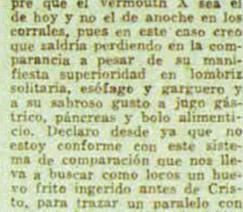


bién un jueves, con el mismo sombrero y distinta cabeza; tener dos ases de espada en la manga izquierda al tiempo que nuestro compañero de juego nos patea la soga de tres ases de basto que esconde detrás de la oreja de la misma banda, etc.

En la misma revista, dedicada a las casualidades, hallé una interesante propaganda a favor de cierto vermouth de marca italiana. Dice así:

Allí donde el "bouquet" de un cocktail es juzgado por expertos... donde la dama y el caballero comparan el vermouth de hoy con el que tomaron anoche... allí es donde el Vermouth X tiene éxito y conquista.

Estoy de acuerdo, pero siempre que el vermouth X sea el de hoy y no el de anoche en los corrales, pues en este caso creo que saldría perdiendo en la comparación a pesar de su manifestada superioridad en lombriz solitaria, esófago y garguero y a su sabroso gusto a jugo gástrico, páncreas y bolo alimenticio. Declaro desde ya que no estoy conforme con este sistema de comparación que nos lleva a buscar como locos un huevo frito ingerido antes de Cristo, para trazar un paralelo con una omelette recién adquirida; conseguir un tularín usado para equipararlo a un mostacholi inédito o devinirnos por la presencia de Jesús después de irse de la ballena con el objeto de



determinar exactamente las diferencias que lo separan de una lombriz de un insecto o de cualquier otra carnada apetecible.



En El Suplemento, del 11 de julio, tuvo el gusto de salir un cuento titulado María de Leniz, y del que era responsable Steeven Tyndal. Este nombre tan exótico comienza su narración así:

María de Leniz nació en la calle Pasteur, entre Corrientes y Sarmiento, en la trastienda de una librería.

Más adelante nos ofrece otro dato sobre la heroína. Es esto:

Como un suave animalito en accho, buscó amistades y copió trajes.

No me imagino a qué clase de animalitos se refiere el escriba. Los pocos que yo conozco evitan las amistades cuando están en accho y no demuestran mayores entusiasmos por dedicarse al pantógrafo, los figurines o recorrer las grandes tiendas. Tal vez alguna rara especie de berebicho haya demostrado interés pasajero por adquirir una escarandra o ciertos Miura por conseguir un traje de luces, pero esto sólo en raras ocasiones y nunca en la trastienda de una librería, ni al pasar por la calle Pasteur.



Muestras sin Valor

La Virgen del Rosario y Kropotkin

Trabaja Durán en los galpones de la empresa del F. C. O., cincincho ocho horas fatigosas y largas, y cada día regresaba con su paso tranquilo y vigoroso, y en la cara cubierta de sudor y polvito siempre le quedaba espacio para su sonrisa franca y fuerzas en su mano fatigada para el apretón cordial. Su compañera, una mujer como casi todas las mujeres proletarias: manos enrojecidas, muestras en el arte de cebar mate y ojos entristecidos de mirar el agua turbia de la bañeta.

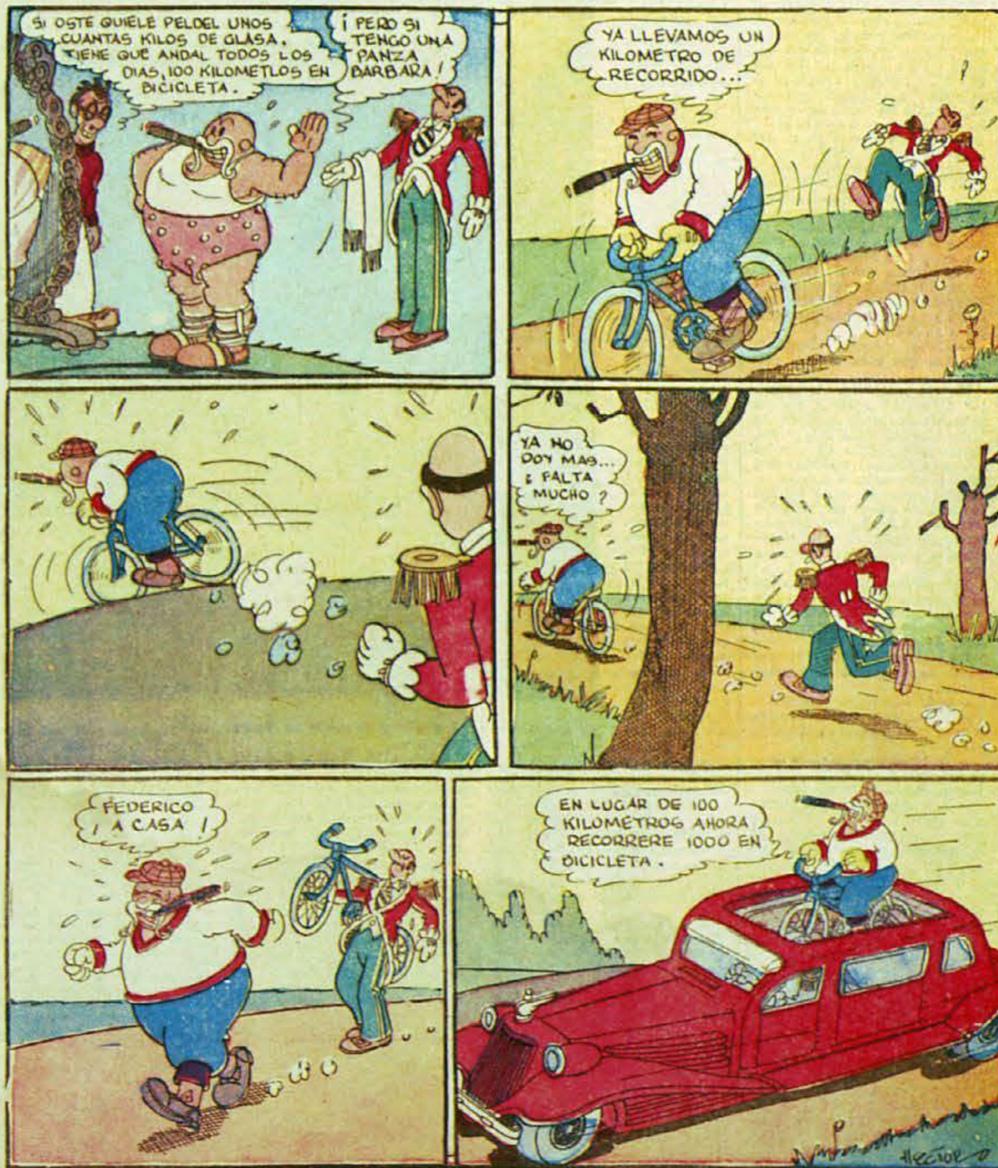
Peró... Ahí está la cosa. ¿Cómo lo digo? Bueno, de golpe: en la única pieza — dormitorio, comedor, sala de fumar y de discutir — del compañero Miguel Durán, había a la cabecera del amplio lecho de dos plazas una imagen de la Virgen del Rosario, una de esas litografías que venden los turcos ambulantes y casi todos los bazares de todos los pueblos, y, en la pared de enfrente, un retrato de Kropotkin con su barba y su personalidad abundantes.

Aunque siempre me intrigó, nunca interrogué a mis amigos sobre aquella rara vecindad. Pero un día, entre mate y mate y durante una breve ausencia de su compañera, Durán me explicó al sorprender, quizás, que mis miradas iban desde la litografía piadosa a la estampa extremista:

—La "patrona"... ¿comprendés? Ella, la pobre... Claro que comprendía. Además, es tan fácil de comprender, ¿no es cierto?

VICENTE BARBIERI

El Nuevo Rico por H. Rodriguez



Los Amores de Una Reina

estos amores de un matiz profundamente arraigado, y tanto más emotivos cuanto inflaba sobre ellas todas las inquietudes macabres de una comoción histórica como nunca jamás vuelva a repetirse.

La naturaleza íntegra de la reina, su natural sencillez y honrado, y todas aquellas sublimes virtudes que el infortunio más cruel hizo nacer en su alma, en nada demereren por soberbia que antes que un personaje falaz y desnaturalizado por una etiqueta ridícula, fué una mujer, y las más dignas de admiración.

Hans Axel de Fersen era hijo de un senador sueco, y a la par de su padre, dueño de una fortuna considerable. Siguió el apuesto joven la educación que en esa época se daba a los hijos de la nobleza, consistente en viajar unos años, por Alemania, Francia e Italia, con algún preceptor y estudiar sus costumbres y sus leyes. Saló Fersen de Suecia a los quince años, y a los dieciocho se hallaba en París, procurando dar a sus maneras ese afeitamiento, y a su inteligencia, ese "spirit", que eran considerados como algo inseparable de la capital del "más hermoso de los reinos, bajo el cielo".

Los retratos que se conservan de él, nos lo hacen ver como un hombre muy guapo, más-



culoso, alto, bien formado, dotado de una mirada firme, y desprendiéndose de su ser, una virilidad encantadora. En el frívolo París de los grandes señores, sus éxitos mundanos fueron resonantes. Así se hizo saber a su soberano Gustavo III de Suecia, el respectivo embajador: "He todos los suecos que han estado aquí en mi época, de Fersen es el que ha nacido mejor acogida en el gran mundo".

El encuentro de María Antonieta con de Fersen poseó todo el hechizo poético del de Julieta con Romeo. Tuvo el lugar en un baile de máscaras celebrado en la Opera de París, el 30 de enero de 1774, unos tres meses antes de la ascensión al trono de la entonces delina de Francia. Así se recibió la princesa, comenzó ella a hablar al joven con toda desenvoltura en gracia al antifaz. El hecho no dejó de halagar sobre manera a De Fersen, pues María Antonieta, por la

ALBERTO NIN FRIAS
ILUSTRACION DE GUIDA

altiva dignidad ante la desgracia: "Se siente mayormente en la desgracia, lo que se es en verdad".

Se aleja María Antonieta de sus privados, conoce finalmente la perfidia del mundo casquino al cual entregó tan enbalmente su corazón, durante sus años mozos. En ese momento de soledad y aislamiento, aparece Hans Axel de Fersen para consolarla. Cuando ella era feliz, adúlada, cuando sus menores caprichos se imponían como modas, tenía el caballero ser inoportuno, aparecer intesado; mas ahora que la soledad y el silencio rondan por el palacio vastísimo de Versalles, y por el pequeño Trianon, el nido íntimo de la soberana, quiere se atreva a dudar de su nobleza de alma, de su abnegación y de su caballerosidad.

"Ella llora a menudo conmigo, juzgado si debo quererla", comunica Fersen a la hermana amante, que siempre estuvo al tanto del oculto secreto de su corazón.

Al morir prematuramente Mirabau, se fué con él toda esperanza de salvar a la vacilante monarquía capeta. Había sentido el fogoso tribuno muy en vivo la seducción y el valor de la reina. Al salir de la única entrevista que tuvieron ellos, exclamó: "Ella es un alma muy grande, muy noble y muy desventurada, mas yo he de salvarla".

Reducida la familia real a un desesperanzado cautiverio, concibió Fersen la huida de aquella a Varennes, donde les aguardaría el ejército de los soberanos aliados. Fracasó lamentablemente esta empresa, planeada con tanto amor e ingenio, de manera muy particular, porque el rey, indeciso siempre, rechazó la compañía del abnegado y resuelto nido; así salió de París.

Durante los tres angustiosos días que exigió el regreso a la capital, no tuvo María Teresa otro pensamiento que la situación de Fersen. ¿Había sido el arrestado o ejecutado por su causa?

A pocos días de este hecho, transida de pena, la reina escribe: "Vivimos... no regreséis bajo ningún pretexto... ya no podré escribirlo".

Y, más tarde le remite esta carta que contiene la más fuerte y encendida explosión de su amor: "Enviadme la dirección adonde pueda dirigir mis cartas; no puedo vivir sin ellas. Me despidió del más amante y el más amado de los hombres..."

Por intermedio del conde de Esterhazy, envió María Antonieta a Fersen un anillo con una inscripción alusiva a las flores de lis, que llevaba grabadas: "Cobarde es el que las abandona".

Correspondía plenamente al juramento de amor de tan cumplido amante: "Sólo vivo para servirlo".

No pudiendo contener ya su angustiosa desesperación, de Fersen, el 13 de febrero de 1792 regresó a Francia con serio riesgo de su vida. Hombre alguno era allí más odiado; había sido puesta a precio su cabeza.

Bajo la égida de un disfraz y muniendo de un falso pasaporte, penetra el audaz enamorado en el palacio de las Tuillerías, que estaba custodiado por 1200 guardias nacionales, y donde no menudeaban los espías. Prodigiosa es la inventiva del nido. Abre la puerta que conduce a los departamentos privados de la reina. ¡En qué trágico trance se vuelven a reunir estos dos seres nacidos el uno para el otro! Una noche entera pasó Fersen oculto, al día siguiente propuso otra vez al rey que huyera de la catástrofe, que se acercaba a pasos gigantescos, mas este hombre, decente e integro, rehusó por no faltar a su juramento.

Esta es la última vez que se vieron María Antonieta de Francia y Hans Axel de Fersen.

Vocaciones y Veleidades

NADIE discute la existencia de una vocación poética, de una vocación militar, de una vocación eclesiástica, de una vocación mercantil, de una vocación de hacer el bien, de hacer el mal... y hasta de no hacer nada. Cualquiera ha sentido, con mayor o menor latencia, alguno de esos reclamos, verdaderos "llamados" como dice su nombre. O los ha visto actuar en los otros, netamente unas veces, confusa o difusamente las más. Aun en estos últimos casos, si pudiéramos repetir ante nuestros ojos la vida de esos hombres, por medio de una película cinematográfica en que hubiera quedado registrada minuto a minuto, desde su nacimiento hasta su muerte, veríamos al final, una vez abarcada en su totalidad, que ciertas disgresiones o desvíos, ciertas vacilaciones, inquietudes, impulsos, desfallecimientos, armonizaban entre sí como fuerzas concurrentes, encaminadas todas hacia un punto que no fue localizado por el individuo, a través de sus vueltas y revueltas, marcha siempre de la montaña hacia el mar, sin descanso, aunque a veces pareciera perderse o retroceder. Entonces, irremediablemente diríamos: este hombre nació para ser fraile, y fue soldado; éste pudo ser un gran renovador; éste otro era poeta y no lo sabía.

Serían patéticas esas comprobaciones irreparables. Son trágicos los destinos truncos o torcidos. El hombre lo siente así; por eso alienta y favorece en sus semejantes el cumplimiento de la vocación. Entre éstas, hay algunas mejor miradas que las demás. Pocos fomentarían el misticismo en un muchacho; en cambio, las inclinaciones artísticas (no poéticas), la afición a escribir, a pintar, a tocar, a cantar, a bailar, a cualquier instrumento musical, casi siempre son estimuladas. Es claro que esa regla se refiere a la gente en general y sólo es aplicable a la propia familia del sujeto cuando esas manifestaciones no se halla viciada por motivos o conveniencias circunstanciales.

Ahora bien; es evidente que esa complacencia no debe adoptarse por sistema; no basta con una inclinación más o menos ligera, o puramente lúdica, originada a veces por el descontento o la inquietud. Hay actividades que exigen una vocación decidida, dominante, una polarización completa de todas las facultades en un solo sentido. No siendo así, quien las abraza fracasará; para que, entonces, fomentar ilusiones?

En este punto, nos ponemos en contacto con una cuestión de importancia social en nuestro país: la no coincidencia, en muchos casos, de la vocación con las actividades que desarrolla el individuo.

Se dirá que ese es uno de los factores que diferencian en todas partes al trabajo del esparcimiento: el trabajo es una tarea remunerada, cumplida para ganarse el pan y, por consiguiente, obligatoria en tiempo y calidad. En efecto, es así; pero exceptuando algunas actividades que, como la de las letras, no están en el país suficientemente retribuidas, por lo cual su ejecutor debe dedicarse a otros trabajos que, en la mayor parte de los casos, son los que verdaderamente cubren sus necesidades, — con excepción de aquellas, digo, hay otras ocupaciones remuneradas que pueden coincidir con la íntima vocación del individuo. ¿No se puede ser, acaso, médico, abogado, comerciante, militar, por vocación?

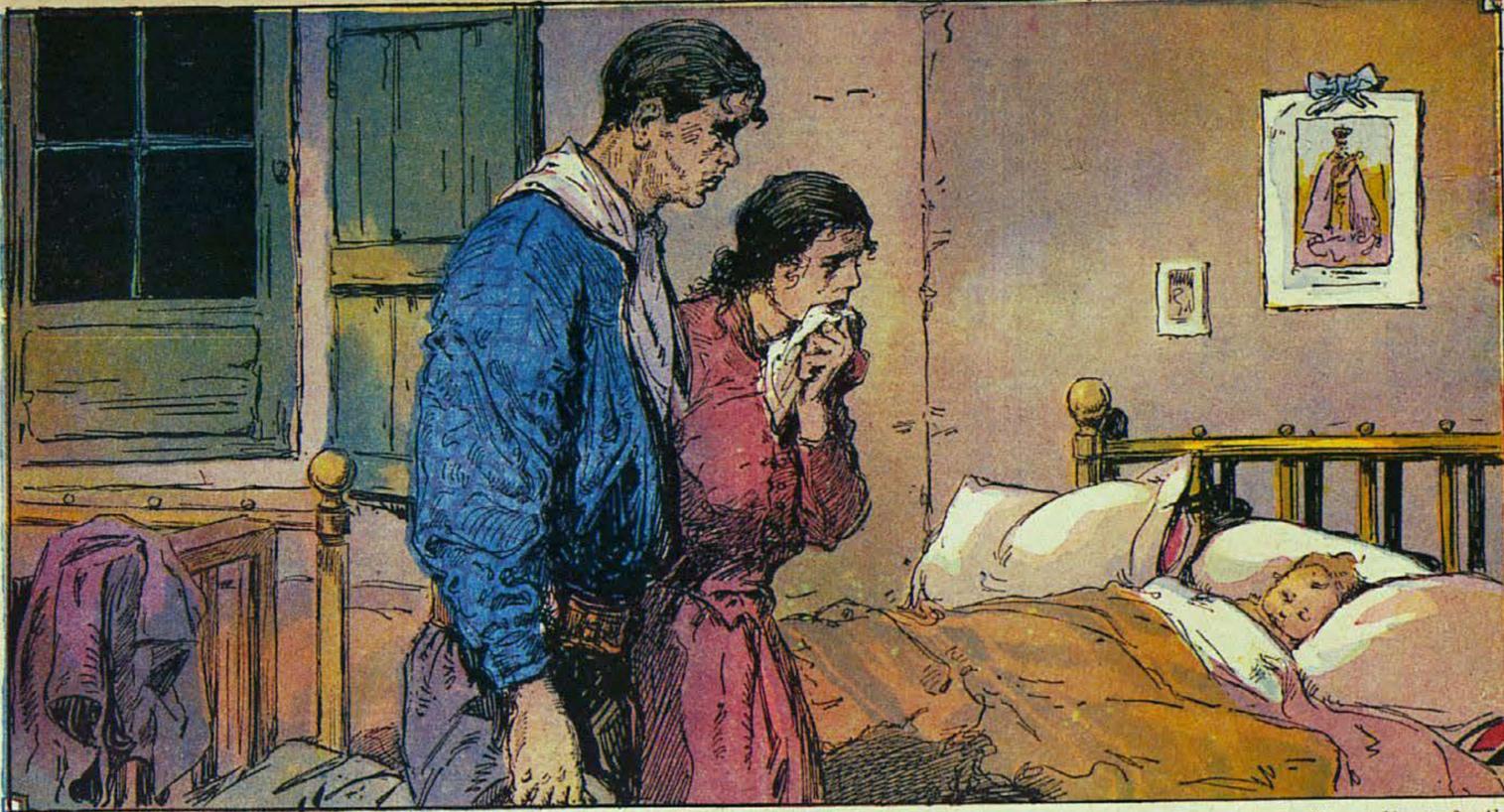
Entonces, ¿por qué abundan tanto los descontentos, los erra-

dos en su orientación? Creo que ello se debe, principalmente, a dos causas: 1a.) Manifestación tardía de la vocación. A esto coopera la deficiente organización pedagógica del país, que no tiende a despertar o a fortalecer los gustos del alumno. El problema se agrava en las carreras de iniciación temprana, militar, naval y eclesiástica, es decir, justamente en las que exigen más definitiva inclinación. 2a.) Falta de apego a la propia tarea, de resignación para cumplirla — buena o mala — soportando aspiraciones más o menos ficticias, provocadas a veces por la lectura o el cinematógrafo. Indudablemente, de existir la primera causa que hemos dicho, sería más difícil que se produjera esta segunda. Y llegamos a un punto fundamental, que es éste: ¿todas y cada una de las actividades humanas responden a una vocación que coincide exactamente con ellas? Dicho en forma concreta: ¿hay una vocación de ser panadero, picapedrero, vigilante, escritor, político, abogado, comisionista, agricultor, etc. como hay panaderos, picapedreros, vigilantes, escritores, políticos, abogados, comisionistas y agricultores? Yo no creo que haya vocaciones tan diferenciadas como han debido circunscribirse los oficios por la división del trabajo y la especialización proveniente de la técnica, sino que tales ocupaciones pueden clasificarse en grupos de naturaleza o contenido semejante.

De ese modo, la vocación de manufacturista, por ejemplo, como una predilección por los trabajos del campo, por la mecánica, por la medicina; la elección entre las distintas faenas comprendidas allí, se haría en virtud de las múltiples razones de índole económica, educacional o simplemente circunstancial que gravitan sobre el individuo hasta el momento de la decisión.

Siendo así, se me ocurre preguntarse: ¿puede haber la vocación del empleado? Se entiende que no me refiero a los empleados técnicos, sino a los meramente burocráticos. En sabido que constituyen los efectivos de las oficinas, por lo común; y las civiles, profesionales, fracasados, estudiantes crónicos, artistas estruendos; en los militares, militares fracasados o en potencia. En unas y otras, los que no aspiraban a nada, o aspiraban a todo sin resolverse a nada, el inflexible hijo sin carrera de las familias de médicos, abogados, ingenieros, militares. Descartados lógicamente los fracasados en su vocación, es a esa última categoría de los incoloros, a la que hay que referirse. Y bien: ¿no es posible una "vocación ofidiosa"? Cualquiera oficina requiere un sentido de empresa, de organización, de orden y de disciplina que bien podrían constituir en conjunto una verdadera vocación, sobre todo en los que no sienten el tirón de ninguna otra. ¿No vemos, acaso, de continuo, esos empleados que se aburren en su casa, donde no tienen materialmente nada que hacer, y que una hora antes de la marcha por el horario ya se encuentran en su oficina, aunque sólo sea para conversar con los ordenanzas? Si allí están a su gusto como el pez en el agua, quiere decir que su trabajo, lejos de violentar sus inclinaciones, las satisface totalmente.

Entonces, fomentar en ellos veleidades artísticas o literarias que no sean exclusivamente culturales, es fomentar el descontento, la esterilidad, el fracaso, el desamor al trabajo que produce el pan. Todos ellos, males nuestros por definición. Entre un buen empleado y un mal literato, ¿qué será mejor?



CAMPO casi desierto; bajos poblados de pardos pajonales, enmarañados, selváticos; lagunas inmensas, escondidas detrás de es-

albardones; fachinales cenagosos de duraznillo, cimbreantes, parejitos como almázcigos. En un claro del terreno, semioculto a la vista del viajero por la frondosa vegetación, se alza el rancho de Wenceslao. Único poblador en tres leguas largas a la redonda, con su mujer y su hijo. Nido gauchito de ellos, recién formado.

Cuando al mediodía, bajo el sol ardiente de verano, Wenceslao desmontó en el pabellón, Serafina fue a su encuentro presurosa, gimoteando.

—¿Qué nene está enfermito... dijo soltando el llanto acuella, afligida, colosa del cuidado de su primer hijo.

Sorprendido por la ingrata nueva, su marido lo observó un instante, mientras al tanteo echaba un nudo "potriador". Al rabo dijo:

—¿Qué le pas'al chico?... Yo no sé... desde que le just'está mañana, no ha hecho más que yorar, no tiene consuelo... hablo en lágrima viva Serafina, y se volvió corriendo.

Wenceslao la siguió al rancho largo. —¿Carachó... ¿Qué tendrá el chico? — pensó. — Pero si ayer s'estuvo raiando, viendo cómo jugaba, enriando los dedos en los flecos del poncho que li'ha puesto cubija, y el mu' d'ante, de cuando en cuando, le araba un "ajo" de lo más cantor? ¡Jesús bendito!...

D'un tiempo a esta parte, las cosas no pueden darle peor... ¡ni que l'hubiera miao algún perro!... Y franqueó la puerta receloso, estrinando el pescuezo como "fiandó" en las pajas para mirar a la distancia.

Sobre la cunita, contempló unos instantes a su hijo, y menancando la cabeza, sonrió, renaciendo en él la calma que había perdido unos instantes, mientras hablaba a su mujer, que permanecía a su lado:

—T'has asustao, Serafina, ¿no ves qué lindo s'tá el chico?... En ese momento, el "gurisito" dormitaba rendido por el insomnio de varias horas. Para Wenceslao no tenía mayor importancia el hecho de que su mujer se afligiera y lloriqueara, "a'aba acostumbrao a verla lagrimar por sonseras". Y esa fue la causa de que el comienzo del terrible mal que se insinuaba en la inocente criaturita, no requiriera la atención debida de su parte.

Enjugándose las lágrimas con el delantal, su mujer aseguró:

—En todita la mañana no ha tenido consuelo; riciencio aura s'ha dormido... Se hizo una pausa, a la que puso fin Wenceslao, interrogando:

—¿L'hiciste algún remedio? —Si; calenté grasa e lagarto y le di unas friegas en la barriguita.

—Ta bien; si acaso no se compone con eso, l'hacés un testito e menta o'e la luera... —Tó' preparando una cataplasmata d'unto sin sal con palan-palan y la marceña... se apresuró a contestar su mujer.

Wenceslao se alarmó: —¿No, Serafina, no! — rebotó. — ¡Jesús lo ampare al pobrecito de m'hojo si le aplicás ese emplasto; capaz e dejarl'el cuerito en yaga viva!...

—Yo no sé qué'hacerle... — protestó entre afligida y contrariada acuella.

—Con lo que yo l'he dicho basta... no hace falta tanta cosa... — concluyó Wenceslao. Y seguido de su mujer fue a prepararse para salir de viaje, mientras agregaba:

—M'has acordar a la finada ma'na — Dios la tenga en su santa gloria — por una nadita en sus hijos, era un afligirse que daba pena... Ah, ah, misementa...

El niño lloriqueó entredormi-

CULEBRAS

POR ARTURO J. VASQUEZ

ILUSTRACION DE ROJAS

do, dando muestras de narse molesto.

Serafina volvió a impacientarse mirando angustiada a su marido, a tiempo que hacía, haciéndole señas de guardar silencio, le habló en voz baja:

—Dejálo al chico y dame ropa limpia.

Momentos después, listo para partir, desde el caballo Wenceslao hizo las últimas recomendaciones.

—¿Gueno — dijo —, ya sabés, Serafina... Tal vez no dé la guelta hasta dentro de unos dieh'o doce días; si te parece que'l chico no sigue bien, l'avísas a doña Anacleta, ¡m'ois!...

—Si... — respondió Serafina, resignándose. — Y malcomando en la rienda a su montao, advirtió:

—¿Hái te deho cabayo a so'ga larg'a e' nel poterito. Ya de espaldas, arrancando el tranco, mientras se acomodaba el sombrero se despidió.

—Ta la guelta — dijo. Serafina quedó contemplando la silueta de Wenceslao, hasta que echando la tropilla por delante, desapareció detrás de un fachinal.

Diez días han transcurrido desde aquel, en que la desdichada criaturita reveló los síntomas de su enfermedad, diez días interminables, preñados de desvelos y de sufrimientos para la atribulada madre, que presa de la angustia más desesperante y viene por el cuarto con el niño en brazos; ne asoma a la puerta, mira hacia el sendero por el que ha de venir su marido, pero en vano, aquél no llega; torna a los pasos, l'otra, apreta al niño contra su pecho, lo besa, se siente impotente, desfallece, reacciona. No se da tregua. El "gurisito" no cesa de llorar; su llanto, cada día que pasa es más débil a causa de la casi absoluta desnutrición que viene padeciendo. Ni rastros quedan ya del rollo y hermoso niño que fuera. El rostro rosado de su carita ha desaparecido, trocándose en negro, livido. Y sus párpados, entreabiertos de continuo ahora, dejan traslucir el opaco acenado de sus pupilas tristes.

A efectuar una de las periódicas curas, por no poder acertar la enfermedad, la "médica" llega al rancho de Wenceslao; sin llamar se dirige a su interior.

—¿Ghenas tardes hijita, leó'mo sig'u'el chico? — dice doña Anacleta, franqueando la puerta.

Al ver llegar a la "culandrea", Serafina da un grito de desesperación, que es también de consuelo, y va a unirse en un abrazo con acuella, mientras clama piedad a Dios para su hijo enfermo.

—Rezále a Nuestro Señor, hija mía — continúa doña Anacleta, con la más convincente

parsonía —, para que su poder divino haga el milagro de salvar a este angellito...

Y dejándose caer suavemente de rodillas, las dos mujeres se entregan a rezar juntando las manos sobre el bebé que está en su cunita como un cádiaver.

Rato después, la "médica" se dispone a retirarse.

—¿Ghenó, hijita... — volvió a decir doña Anacleta, con ese modo jesuítico que empleaba para justificar su profesión — ya no tenés porque aligirte... con esa cataplasmata e' catiguala que l'hemos puesto en el pechito y unas gotitas e' de palco pa los riniocitos, y que l'ha'e dar cada doh'oras, el mal tiene que ceder; aumá la pieza con arazá, y con tu saliba en ayunas l'hacés una cruz en

cho llegan los rumores de la noche al lecho de Serafina, que ha empezado a sentir miedo por lo más insignificante. Se encerró con la oración y ya ni sabe el tiempo que hace que está en la cama sin poder conciliar el sueño; cuando quiere dormir se despierta por el cansancio, y desde un pajonal vecino llega el canto del "nacurutú", un escalofrío de miedo le recorre el cuerpo; piensa en su hijo, pone atención, aquél parece no dar señales de vida; a tientas arrastra el oído, no se atreve a tocarlo, teme que esté muerto; de un salto se sienta en la cama, al oscuro busca los fósforos, enciende el candil.

Escucha la respiración afanosa del hijo, y se calma, hasta que el ruido de las totoras del alero, castigadas por ráfagas de

gauchito su chico, ¡no?... Ah, ah... Disiando s'taba en dar la guelta... ¡Tan chiquitito y vean que tira, amigo! Si se'abr'a acordao veces en los días que duró el viaje... ¡Cosa e' no creer! La cunita v'ier cuando l'haga baya con ese sonajero enyento e' perendengues que le compró en el viaje a un turco mercachiflo... ¡Hái v'er la cosa, amigo! ¡Ya lo creo!...

Y como presente dormida a su conyuge, desmonta en el palenque, para que los trancos de su caballo no lo descubran. Después de desensillar, avanza sobre el patio con la mayor cautela. Se detiene espantado a los perros con ademanez.

"Animales ladinos", dice para sí, y los sortea evitando, enredarse en ellos. Ya en la puerta, saca el cuchillo y lo introduce por una abertura de las tablas; la tranca-molinete cede maravillosamente, franqueando la entrada. "Ni susto se v'apagar Serafina — piensa, dando un paso hacia el interior del cuarto —, eya que se cre' tan s'gu'errupido en su soñoliquo. Ha puesto un pie sobre una cosa redonda, dura y resbaladiza. El instinto lo hace afirmarse sobre aquello, recibiendo simultáneamente un chirlo en la pierna y una fuerte ligadura le sube veloz a la rodilla.

Lo inesperado del trance ha hecho pegar gritos de angustia a Wenceslao:

—¿Serafina! ¡Serafina! ¡Priende luz, Serafina! — llama angustiado.

Aterrizado por la intemperiva y desconcertante llegada de su marido, Serafina despierta dando alaridos de espanto, mientras que aquél, agarrado al marco de la puerta, se afirma con todas las fuerzas de que es capaz, en la lucha con su enemigo invisible. Siente que una fuerte ligadura aumenta rápidamente la presión, estrangulándole la pierna a tiempo que un sudor frío le brota por la cara.

—¿Priende luz, Serafina!... ¡Priende luz!... — volvió a gritar ya fuera de quicio Wenceslao.

Aquella, con el mayor sigilo baja de la cama, enciende el candil y se aproxima, desesperada, torpe, mientras interroga en el colmo de su atribulación:

—¿S'tás herido, Wenceslao? ¿Que t'han hecho?... —¿No t'hasasté! ¡No t'hasasté! — habla procurando serenarse Wenceslao, infundándole valor a su mujer —. A ver, alumbrá con cuidado... aquí abajo en la pierna...

—Una culebra, Güencelao! ¡Una culebra!... — grita espantada su mujer.

—¡Matála, mujer! ¡Matála!... Y sin titubear un instante más, Serafina recogió el cuchillo que había perdido Wenceslao, aplastando con sucesivos planazos contra la pierna de aquél la cabeza de la culebra.

Luego, apagado y doliente, se escuchó la queja que quería ser llanto del hijo.

—¡Corré, Güencelao!... ¡Ligerero! ¡El nene!... ante la cuna, alzando al pequeño, Serafina agregó:

—Mira cómo está el nene, Güencelao... Mira en qué'astao, mira... La criaturita languidece, boqueando en su intento por llorar.

—Pobrecito mi chico... t'atacao'e culebrina — dijo palideciendo Wenceslao. Y agregó abatido:

—No t'has dao cuenta que'ese bicho inmundó t'ha estao chupando la leche dende que yo faltó'e las cosas!...

Recién ahora comprendió Serafina el por qué de sus pechos flácidos, vacíos, al amanecer de todos esos días. Y la invadida una mezcla de repugnancia y miedo verdadero, al ver al reptil debatirse en los estertores de la agonía.

Un desmayo la dió en tierra como fulminada. Y Wenceslao, mirando con repugnancia a la culebra, gritó: —¡Bicho inmundó!...



la frente y le rezás un Padre Nuestro...

Dicho esto, doña Anacleta hizo la señal de la cruz y dijo unas palabras en tono muy bajo. Serafina tornó a pasear su nene que lloriqueaba en un constante planear de gatito recién nacido.

Queden con Dios, y hasta mañana — se despidió la "culandrea" y salió toda atareada rumbo al palenque, barriendo el suelo con la pollera y acomodándose el pañuelo en la cabeza para defenderse del sol que cala implacable sobre la tierra.

Instantes después, el sobrepaso de su "gatiada" pasaba, atronaba el campo, alejándose. Desde las vecindades del ran-

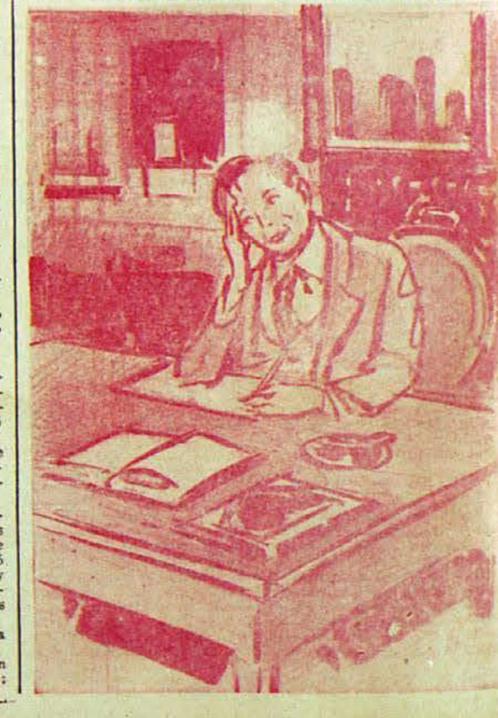
cho, pone otra vez el desasosiego en su alma. Lora el "gurisito", y ese llanto que es de dolor, tranquilidad, sin embargo a la madre, porque es expresión de vida.

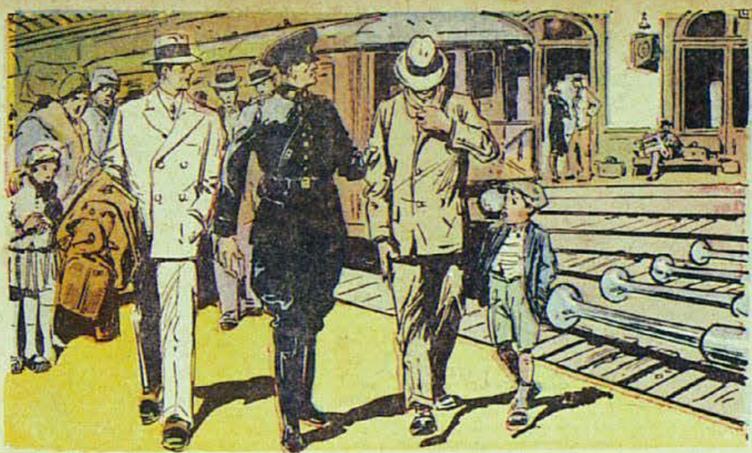
Pero ese llanto es tan apagado que parece salir de un profundo pozo. Intenta, en vano, amantarlo; el estado de extenuación del enfermito no le permite localizar el pezon. Ayudado, no consigue chupar, y lo abandona. Su cuerpo se agita por la fatiga que lo ataca. "Virgen del Carmen — grita Serafina —, ¡qu'ha hecho mi nene pa sufrir ansina!; tan glenito qu'era mi machito querido!; si yo nunca l'hecho mal a naides, ¡por-

sobre el cielo y una débil claridad por dominando la noche.

Dejando de lado la tropilla en un lugar de pastos frescos, Wenceslao viene llegando a las casas, al rancho de su "aportao", costeando una laguna, ahuyentando con su presencia las bandurrias y chajáes de la costa, descalfadas y escurridizas, las gallaretas se internan rompiendo la mansedumbre de las aguas que espejean en el claro-oscuro de la noche, en conos que se alargan hacia adentro, mientras los teros, celosos de sus crías, llegan en su ayuda a exteriorizar sus protestas por sobre la cabeza de Wenceslao.

Uno de sus perros fué a alcanzarlo en el camino, gruñendo bajito de contento, saltando sobre el hocico del caballo y el estribo. "Quieto, amigo, quieto", se ve obligado a llamarlo al orden aquel, temeroso de que el can lo descubra con sus manifestaciones de alegría. "Si ha propuesto yegar sin que lo oiga su mujer y verla dormida con su hijito... Por que vean qu'es





Cien Nacionales

Si mal no recuerdo, la cosa era entre Temperley y Constitución. Estaba algo nervioso e impaciente, como siempre que llego en tren al destino. Ya con todo listo, hacia equilibrio en el pasillo del vagón dormitorio. De repente, un señor de cierta edad, se acercó y me dió un empujón en forma violenta. Mi boquilla cayó al suelo y me incliné instintivamente para recogerla, cuando sentí como una leve presión sobre el pecho. Entre tanto el señor de cierta edad se alejó murmurando excusas.

Al enderezarme, palpé el bolsillo donde guardo mi cartera y no quedé muy sorprendido al constatar su ausencia. El asunto era clarísimo: el señor de cierta edad me había atropellado con el solo objeto de arrebatarme la cartera. En seguida corrí atrás de él.

Tuve suerte: en aquel momento se paró el tren, habíamos llegado a Constitución. Vi en el andén a un hombre que se abría nerviosamente paso entre la multitud. De atrás le tomé por el cuello, gritándole: "Mi cartera, ¡devolvéme mi cartera!" Furiosamente se volvió exclamando: "¿Está usted loco? ¿De qué cartera me habla?"

—De la mía, la que me robó en el tren. A ver, entréguela.

Mientras tanto se había aglomerado mucha gente. Los curiosos esperaban el desarrollo de los acontecimientos; Algunos reían irónicamente, los más estaban muy serios como si ellos estuviesen complicados en el lio. Del fondo del andén surgió la silueta de un agente.

Los ojos del pinguista corrían con intranquilidad de un lado a otro; yo no soltaba su cuello por nada.

—Déjeme usted en paz — rogó él, y de un tirón violento se libró de mí. En este momento cayó algo sobre el andén y el ladrón notó con terror que era la cartera robada: mi cartera. Rápidamente la levantó y la guardé en el bolsillo. Pensé que el asunto para mí había terminado.

—¡Váyase al diablo! — dije al ladrón.

Con mucho gusto el tipo hubiera seguido mi indicación a no haber surgido otro inconveniente: el agente cayó sobre el ladrón y sin preámbulos y en forma nada delicada lo condujo a la oficina del jefe, mientras me gritaba:

—Venga V. Meissner.

Con poca calma seguí al vigilante. Ya no me gustaba nada el asunto y hubiera preferido hacer mutis. Pero no hubo caso, pues el agente no nos perdía de vista, ni a mí, ni al ladrón. En la oficina se levantó algo así como un acta. Esto me era muy desagradable, especialmente porque el aspecto del ladrón inspiraba compasión. Estaba pálido, anquilado, tartamudeaba, sudaba su frente. En su mirada hubo tal reproche y dolor que me sobresalté. Sentí sinceramente que esta pequeña tragedia se hubiese desarrollado en forma tan brutal y pública. Pero ya no había remedio. Nadie podía salvar al ladrón de pasar algunas semanas, meses quizás, entre rejas.

Desde ese día recibí del Palacio de Justicia infinidad de comunicaciones, citaciones, etc. Pero todavía ocurrió otra cosa. Un día recibí la visita de una mujer con los ojos rojos de llanto. Era joven y bonita, aunque en su cara ya había huellas de privaciones y dolor.

—Soy la señora de García — dijo la mujer como única introducción.

Yo no tenía ni la más remota idea de esa señora.

—¿No se acuerda usted? — preguntó ella con tristeza —. Mi marido, García, de la estación Constitución... — e hizo con la mano cierto movimiento inconfundible.

Ya sabía ahora quién era la señora de García. La esposa de mi ladrón. La miré entre sorprendido y desconfiado. ¿Qué quería ella de mí?

El asunto era sencillo: quería dinero. Apetaba a mi bondad, a mis sentimientos humanitarios; me contó que yo tenía la culpa de todo; el marido preso, el hogar deshecho, los chicos con hambre y ella tenía cuatro...

Siempre fui algo sensible, pero aquello me partió el corazón. Oera para mí un verdadero anhelo poder ayudar — si no al ladrón — a lo menos a su familia. Le di ciento veinticinco pesos, los que había ganado al jugar a la ruleta y al póker. Se derretió de gratitud y se fue feliz. Más feliz era yo por haber realizado una buena acción.

Una semana después recibí una noticia muy desagradable. La secretaria del juzgado me comunicaba que García se había ahorcado en la prisión. Le habían condenado a medio año, lo cual abatió de tal modo el ánimo del viejo que resolvió irse. Me horrorizó el cuadro: el pataleo, la lengua negra, los ojos fuera de las órbitas, etc., y tuve la impresión de que yo era el causante de todo esto. Hubiera sido preferible no haber reclamado nunca mi dinero, esto mismo me lo había repetido ya muchas veces desde aquel día y ahora con mayor vehemencia. Unos cuantos pesos por la vida de un hombre. Todo el día estuve de pésimo humor y por la noche no pude cerrar los ojos. Por todas partes veía la mirada triste y acusadora del viejo García, a queña mirada que me dirigía en la oficina.

A la mañana siguiente recibí la visita de una señora vestida de negro y acompañada de cuatro

tristes y pobres criaturas: la señora de García. Ya sabía yo que ella vendría, más aún, la esperaba; pero al encontrarme frente a ella me sentí horriblemente incómodo.

—¿Qué será ahora de mí? — preguntó ella con voz velada.

Eso era todo. No me hacía reproches, no pedía nada, preguntaba únicamente cuál sería su porvenir. No encontré palabras en el primer momento, miraba ora a la mujer, ora a las criaturas que parecían no entender nada. Sí, esta viuda y los cuatro huérfanos eran mi obra: yo les había robado su sostén y era lógico que me preguntaran qué sería de ellos.

No soy muy rico, pero el sufrimiento de los débiles me impresiona siempre. No tuve la menor duda de que mi deber me imponía proteger en alguna forma a esa señora y sus hijos. Hubo que tranquilizar mi conciencia, costara lo que costara.

—Mira usted, — dije a la señora — aquí tiene quinientos pesos.

Esa suma era justamente cinco veces mayor que la que me robara García. Si lo hubiera dejado escapar, me hubiera ahorrado seiscientos veinticinco pesos y García aún estaría con vida.

La mujer me quería besar las manos a toda costa y los chicos hasta lo consiguieron.

—Está bien, está bien, — balbuceaba yo, mientras los acompañaba hasta la puerta. En el umbral la mujer se detuvo.

—¿Hay algo más? — inquirí con aflicción.

—No — contestó ella con voz suave —. Solamente tengo el aviso de desalojo de mi casta, porque no puedo pagar el alquiler y mis muebles están embargados.

Por un momento cruzo por mi mente la duda: ya había dado a la señora quinientos pesos, pero en seguida deseché este pensamiento egoísta. Nada significaba unos cuantos pesos más o menos, tratándose de la tranquilidad de mi conciencia.

—Aquí tiene cien pesos más — le dije a la señora.

Me miró con sus hermosos ojos sin decir nada y antes de que pudiera evitarlo, me besó la mano. Se alejó con sus cuatro chicos.

Suspiré aliviado. Por fin este odioso asunto estaba definitivamente terminado para mí.

A los cinco días la señora volvió. Esta vez la recibí un poco más frío y extrañado, pero me tranquilizó diciendo que no volvía por dinero. ¿Qué había pensado yo de ella? ¿Quería extorsionarme? ¿Ella extorsionarme? ¿Ella, que provenía de una familia distinguida, que había recibido una esmerada educación, hablaba inglés y francés; ella capaz de tal villanía?

Había venido solamente por un consejo y a quién más podía dirigirse siendo tan sola. No tenía a nadie más que a mí en el mundo.

—¿De qué se trata entonces? — pregunté, ya algo más amable.

—No sé manejar dinero. Soy una criatura mimada y torpe. Antes de la muerte de mi esposo vivía como una reina. Había venido solamente por un consejo y a quién más podía dirigirse siendo tan sola. No tenía a nadie más que a mí en el mundo.

—¿De qué se trata entonces? — pregunté, ya algo más amable.

—No sé manejar dinero. Soy una criatura mimada y torpe. Antes de la muerte de mi esposo vivía como una reina. Había venido solamente por un consejo y a quién más podía dirigirse siendo tan sola. No tenía a nadie más que a mí en el mundo.

na. El pobre se apartó del buen camino para que nosotros, mis hijos y yo, pudiésemos llevar una vida holgada. En pocas palabras, deseo que usted tome de vuelta el dinero que me dió, me alquile un modesto departamento y me compre algunos muebles baratos y si queda todavía un excedente, lo divida de modo que yo reciba cada mes algunos pesos.

Apenas hubo terminado, me entregó el dinero: cuatrocientos en lugar de seiscientos. Pero este era un detalle sin importancia. La señora se había dirigido a mí con plena confianza, no era pues justo dejarla defraudada. Me sentí magnánimo.

—Bien, dije, se hará como usted lo desea.

Le conseguí un departamento de tres piezas, con ventanas a la calle, con luz y sol, cerca de un parque a donde pudieran jugar los niños, por doscientos pesos. Pasé un año afortunado porque el propietario, presidente de la Sociedad Protectora de Menores no admitía criaturas, ni gatos, ni perros, ni tenores acronaltrados, ni bajos atemorados, pero, ante todo, nada de niños. Sin embargo, al ver los dos mil cuatrocientos pesos cambió en parte su opinión. A la señora le pareció excesivo el alquiler, pero la tranquilicé. Después compré muebles por dos mil quinientos pesos. También le pareció elevada esta suma, pero vencí finalmente sus escrúpulos. Le compré un radio y alquilé un piano para que los chicos practicasen. Por fin le comunicé que mientras no encontrara otra solución, le pasaría mensualmente doscientos cincuenta pesos. A esta altura de nuestra entrevista eché una furtiva mirada al espejo y me pareció ver una aureola alrededor de mi cabeza.

Entonces la señora ya no pudo dominarse más y se arrojó a mi pecho, llorando lágrimas de gratitud y de contento. Acaricié su hermosa cabeza diciendo: Bueno; bueno. Pero para mis adentros reflexioné: Ciento veinticinco — bueno, no contemos eso porque eran del póker, — pero quinientos y cien y dos mil cuatrocientos y dos mil quinientos, justamente cincuenta y cinco veces más de lo que me tiró el pobre García. Sin hablar de los doscientos cincuenta que debería pagar mensualmente. ¿No hubiera sido más razonable...?

¿Es necesario seguir con el cuento?

En poco tiempo la familia me costó tanto que para normalizar mis finanzas me vi obligado a casarme con la señora.



GUILLERMO MEISSNER
ILUSTRACION DE PEDRO DE ROJAS

